

## El género como caballo de Troya

Mabel Alicia Campagnoli (CInIG-FaHCE-UNLP) (FCS-UBA)  
[mabelcampagnoli@yahoo.com.ar](mailto:mabelcampagnoli@yahoo.com.ar)

Palabras clave: ideología de género, ciencia, epistemologías feministas

*Renovar el esfuerzo,  
tan lejana y extensamente como sea posible  
del trabajo indefinido de la libertad*  
Michel Foucault

Actualmente, ¿cuál es el contexto, cuáles son las problematizaciones, para pensar sobre género y diversidad? A fines de los 90 estas cuestiones tenían menos legitimidad todavía que ahora, cuando conviven fuertemente tanto actitudes de indiferencia hacia estas perspectivas; como ataques virulentos; y también banalizaciones en la reiteración despolitizada del término “género”.

Me interesa en este intercambio dedicarme a los ataques; particularmente, a la construcción de la trama denominada “ideología de género” que tiene motivaciones en especial religiosas aunque no exclusivamente católicas, a la que abonan también perspectivas conservadoras que resultan conciliables con líneas procedentes de las neurociencias; es decir, las ciencias hoy consideradas entre las más irrefutables.

La última ofensiva contra nuestras temáticas considera la conceptualización del “género” una ideología “anti-científica” que se cuela en las instituciones como modo de penetración mental cual “caballo de Troya” “que se solapa en un discurso de igualdad, libertad y tolerancia, pero que en el fondo esconde una agenda de control político global y totalitario” (definición utilizada al menos desde 2013).

La torsión principal para poner al género en el ámbito de un ideario difuso y vastamente peligroso consiste en ubicarlo en el plano de la ideología para pasar a buscar el antídoto en el campo científico. De esta manera, los puntos con los que se resume la presunta ideología y que pondrían en evidencia el carácter a-científico del género son:

La exigencia de una igualdad absoluta entre hombre y mujer. Se presupone que cualquier distinción es puramente cultural y, por lo tanto, una construcción social a superar. (Aparisi, 2009, p.184)

La contraposición, o antagonismo, entre el ámbito público y el privado, con la consiguiente minusvaloración del segundo como ámbito de realización personal. (Aparisi, 2009, p.185)

La separación entre los conceptos de sexo y género. El primero queda desprovisto de relevancia jurídica en cualquiera de los ámbitos en los que anteriormente la poseía. En primer lugar, desaparece el requisito de la dualidad sexual masculino/femenino para contraer matrimonio. La noción de identidad sexual, basada en la realidad objetiva de ser biológicamente varón o mujer, es sustituida por la idea de orientación sexual, de corte completamente subjetivo. (Aparisi, 2009, pp.186/7)

Sintéticamente, también lo encontramos divulgado en folletos como: “No se nace hombre o mujer. La sexualidad es diversa. La familia es un invento. Los hombres son el problema. Las mujeres son víctimas inocentes y seres moralmente superiores. La violencia es unidireccional. El matrimonio es opresivo. La promiscuidad y el aborto “liberan” a la mujer de este yugo”.

Así el género sería el término que concentra todos los males al desbaratar las naturalizaciones del dimorfismo sexual, de la sexualidad heterosexual, de la expresión binaria de género, de la familia como institución, valga la redundancia, “natural”.

Se acusa además a la perspectiva basada en la categoría “género” de anti-científica pues no podría brindar evidencias empíricas de sus afirmaciones.

Para contrarrestar entonces los efectos nocivos de la perspectiva de “género” se apela a la ciencia, que sería la salvaguarda de las verdades naturales.

Sobre todo, al ámbito de las ciencias naturales, ya que las sociales no proporcionarían exactitud ni certeza veritativa. Actualmente, la disciplina científica empírica de mayor prestigio es la neurociencia y a ella aluden los grupos conservadores, religiosos y laicos, para reasegurar un núcleo natural binario que organice las estructuras individuales y sociales.

Para esos mismos grupos, la psicología puede resultar una ciencia aliada, en tanto participe de estos supuestos bio-verdaderos de las neurociencias y se predisponga a actuar como dispositivo de normalización subjetiva y social.

En este conflicto resulta esclarecedor comprender los supuestos en juego sobre las categorías conceptualizadas por las ciencias y sus usos. Aquí resulta crucial reponer la figura de los sujetos de las ciencias. Esto es, cruzar la visibilización de la lucha por ampliar el conjunto de las personas que realizan investigación con la lucha por transformar a las personas “sujeto” de investigación en productoras de saber.

Sin esta genealogía política no se puede recuperar una conceptualización del género que haga posible la libertad.

## Epistemologías feministas

Contemporáneamente las avanzadas conservadoras encuentran un bastión en las ciencias naturales y la biotecnología a punto tal que desde algunas corrientes filosóficas se considera que cualquier cuestionamiento a sus supuestos constituiría una negación psicótica de la realidad.

Como sostiene Evelyn Fox Keller (1991), no es la ausencia relativa de mujeres lo que hace a la ciencia esencialmente androcéntrica, sino la actividad científica misma. Es decir, la naturaleza de su metodología.

Al respecto, la joven biotecnóloga argentina Lucía Ciccía advierte que los estudios de las neurociencias tienen baja “fiabilidad estadística” al utilizar apenas un puñado de participantes, entre 12 y 20, y generalmente no replicar los experimentos.

Su preocupación mayor refiere a que “hoy las neurociencias representan la autoridad científica capaz de respaldar la histórica categorización binaria y jerarquizada de los sexos” (Ciccía, 2017), cuando no es demostrable que haya “un dimorfismo sexual cerebral. No hay consistencia en las características de un cerebro para decir que pertenece a uno u otro sexo. Si hay diferencias, pueden ser consecuencia de nuestra práctica cultural, pero no son innatas. Además, la variabilidad existente en los cerebros de un mismo sexo es tan grande que invalida agruparlos de acuerdo a hombres y mujeres para hacer un experimento” (Ciccía, 2017).

En su consideración, un tipo de genitalidad no predice un tipo de cerebro, porque hay un montón de estructuras, de solapamientos, entre lo que categorizamos como hombre y mujer, y es más, en un cerebro no hay una consistencia lógica. Es decir, no hay estructuras o áreas que sean características sólo de “hombre” o de “mujer”, sino que los cerebros son mosaicos: combinaciones de estas estructuras que hoy se etiquetan como “de hombre” y “de mujer”.

Lucía Ciccía agrega que las personas que hacen ciencia muchas veces realmente piensan que esa es la verdad, que existen dos cerebros y que nuestra biología determina capacidades y conductas sexo-específicas. Sin embargo, clasificar los cerebros de acuerdo a una categorización binaria puede dar falsos positivos. Es decir, agrupar los cerebros según el criterio hombre-mujer puede, o no, resultar en diferencias, dependiendo del azar de “qué cerebros” participen de un estudio. Salvo ciertas excepciones, no es válido incorporar el sexo como variable biológica en los estudios cerebrales en humanos, y en roedores sólo en condiciones muy específicas, debiéndose controlar una multiplicidad de variables. En su tesis Ciccía plantea la urgencia de reconceptualizar el régimen sexual binario, a fin de habilitar la producción de nuevas metodologías que posibiliten un mejor acceso a la comprensión de cómo afecta nuestra biología en la vulnerabilidad y prevalencia de desórdenes y enfermedades neuronales. En este sentido,

propone comenzar desde una perspectiva cerebral, pero también sugiere la necesidad de extenderla a todo el organismo.

Por su parte, la bióloga colombiana transgénero Brigitte Baptiste subraya el carácter diverso de la naturaleza: “se nos olvida que su función es producir diferencias. Es indispensable para la evolución, porque todo está en cambio constante, desde el clima hasta el paisaje. Puede ser lento o brusco, pero de todas formas la naturaleza es lo más creativo que puede haber. Me causa perplejidad cuando tratamos de llamar a los comportamientos humanos naturales o antinaturales, porque cómo podemos juzgar lo natural en lo humano, con qué criterio. Por ejemplo, la tecnología no es muy natural, ni mucho de lo que hacemos. ¿Es natural tener religión?” (Baptiste, 2017)

En el mismo sentido, alienta a que los seres humanos nos reconozcamos también como emocionales y no solo como racionales. Así afirma: “A nadie se le pide que se convierta en homosexual para entender a un homosexual, pero una persona puede aceptar que no se siente cómoda pensándose a sí misma en relaciones con personas de su mismo sexo y mantener una posición de respeto pero no necesariamente de empatía con esa condición. Otra cosa es la persona que actúa abiertamente de manera homofóbica o violenta contra otros. Para que haya respeto necesitamos poder manejar esas diferencias.” (Baptiste, 2017)

En consecuencia, la articulación política con la diversidad humana, implica incorporar la emocionalidad en función de combatir la ira basada en el rechazo a lo diferente por miedo: “Es necesario el respeto a la diferencia, a todas las diferencias, porque a veces creemos que la gran diferencia es solo entre hombres y mujeres pero esas identidades se entrelazan con muchas otras como la edad, la etnia, la raza, etc.” (Baptiste, 2017).

También desde el psicoanálisis llegan recaudos epistemológicos sobre las neurociencias, por ejemplo, de parte de Nora Merlin quien las describe como “disciplinas que estudian el sistema nervioso y pretenden explicar la conducta y el padecimiento mental según bases biológicas. Los psicoanalistas pensamos que son un anacronismo, porque el aprendizaje, la afectividad pasan por otro carril, no responden a la lógica de la neurona”. Insiste que lo que hoy se presenta como una innovación en ciencia es en realidad un anacronismo. En 1895 Sigmund Freud, siendo neurólogo, consideró que esa disciplina no le servía para explicar lo psíquico: “Lo que hoy venden como la novedad quedó desterrado en 1895. Es como dice la canción de Silvio Rodríguez *Un servidor de pasado en copa nueva*. Freud enseña que el cuerpo psicológico no coincide con el orgánico, y que la palabra importa cuando se habla de salud y enfermedad” (Merlin, 2017).

### **!!!Por favor!!! !!!Alguien podría pensar en los niños?!!**

Recordemos que el concepto de género comienza su uso por fuera de la gramática a mediados del siglo XX en el marco de un orden médico-psiquiátrico ocupado en diagnosticar y tratar el malestar que le provoca la diversidad brindada por la naturaleza.

Así el término género dio la posibilidad de intervenir quirúrgicamente y medicalizar a criaturas recién nacidas, diagnosticadas intersex, para más tarde replicar los procedimientos en personas adultas transexuales, tomadas también como objeto de normalización.

Posteriormente, los feminismos de la segunda ola acudieron a la categoría para desnaturalizar los modos de ser mujer, al reivindicar una historia propia desde la perspectiva de las mismas mujeres, con sus propias voces.

Aunque de distinta manera, entonces, en ambos casos el género se utiliza como término desnaturalizador de la identidad, para poner en evidencia que “biología no es destino”. Sin embargo, los feminismos seguidores del lema beauvoiriano “no se nace mujer...”, consideraban que sí se nace hembra, condición ineludible para llegar a ser mujer.

Mientras que la mirada médico-psiquiátrica entiende maleable el sexo, en función de volverlo coherente con la identidad nuclear del género, desde un ideal que sintoniza expresión de género, con sexo, deseo y orientación sexual. Es decir, si bien se puede intervenir en la biología, sería solo a efectos de corregirla para ponerla en consonancia con una “verdad interior”. En este sentido, se presuponen una verdad del sexo y una verdad del género que deben además coincidir. Serán colectivos *queer*; es decir, disidentes de la normalización sexo-genérica, quienes hagan evidentes estas violencias, se preocupen por desnaturalizarlas, y pongan en jaque al feminismo de la segunda ola.

En esta genealogía se cruzan los claroscuros del psicoanálisis al presentar el complejo de Edipo como articulador de la distinción entre los géneros y las generaciones. ¿Puede haber una relación no asimétrica entre los géneros? ¿Podría haber más de dos géneros? ¿Puede haber psicoanálisis sin binarismo de género? ¿Podrían las generaciones vincularse mediante modos de convivencia que no sigan lazos sexuales ni lazos sanguíneos?

Las preguntas no son nuevas y Judith Butler, por ejemplo, las formuló mejor. Pero renovar su planteo es una invitación a renovar las desnaturalizaciones de la separación público / privado y de la estructuración misma del mundo doméstico y sus implicancias subjetivas.

A su vez, traer a cuento estas preguntas implica montar el caballo de Troya del género para suprimir, con Foucault, la distinción entre ideología y ciencia. Para producir desde las tramas del dispositivo de sexualidad, nuevos saberes. Para inventar libertades desde la disolución de los

miedos. En este desafío nos interesa la perspectiva de Lee Edelman que apuesta por la pulsión de muerte en un sentido *queer*:

“*Figurar* la descomposición de la sociedad civil, la pulsión de muerte del orden dominante no es ser o convertirse en esa pulsión; ese ser no es lo importante. Acceder a esa posición figural significa más bien reconocer y rechazar las consecuencias de fundamentar la realidad en la negación de la pulsión. Como la pulsión de muerte disuelve estas coagulaciones de la identidad que nos permiten conocernos y sobrevivir como nosotros mismos, lo *queer* debe insistir en perturbar, en *queerizar*, la organización social misma y, por tanto, perturbarnos y *queerizarnos* a nosotros mismos y nuestra investidura en tal organización. Porque la *queeridad* nunca puede definir una identidad, solo puede perturbarla. Por eso, cuando afirmo, como intento hacer aquí, que la carga de la *queeridad* debe localizarse no tanto en la afirmación de una política identitaria oposicional, sino en una oposición a la política como fantasía dominante de la realización, en un futuro siempre indefinido, de identidades imaginarias clausuradas por nuestra sujeción constitutiva al significante, no estoy proponiendo ninguna plataforma o posición desde la cual la sexualidad *queer* o ningún sujeto *queer* podría por fin verdaderamente llegar a ser él mismo, como si se pudiera de algún modo alcanzar una *queeridad* esencial.” (Edelman, 2014, p.39)

La propuesta es entonces desestabilizar la producción identitaria, desnaturalizar, con el desafío de no trazar previamente un horizonte. A nivel cultural implica una enorme provocación que ya planteara Donna Haraway (1999) en su llamamiento a producir otros relatos ni salvacionistas ni edípicos.

¿Por qué los niños, por qué la infancia? La mirada conservadora pone en ellos su ancla teleológica, para pintar un horizonte iluminado por ideales de progreso. Renunciar a las expectativas progresistas sería en cambio un gesto de humildad que habilite la disminución de las violencias sobre la carne, para lacerarla menos, con los bisturíes ya quirúrgicos, ya lingüísticos. Como afirmaba Paul B. Preciado en el 2013 contra el conservadurismo parisino:

“El niño a proteger es el efecto de un dispositivo pedagógico temible, el lugar de proyección de todos los fantasmas, la coartada que permite al adulto naturalizar la norma. La biopolítica es vivípara y pedófila. La reproducción nacional depende de ello. El niño es un artefacto biopolítico garante de la normalización del adulto. La policía del género vigila la cuna de los vivientes por nacer, para transformarlos en niños heterosexuales. La norma realiza su ronda alrededor de los cuerpos tiernos. Si tú no eres heterosexual, es la muerte quien te espera. La policía del género exige cualidades diferentes del pequeño chico y la pequeña chica. Da forma a los cuerpos a fin de dibujar órganos sexuales complementarios. Prepara la reproducción, desde la escuela al Parlamento, industrializándola”.

Su propia conceptualización del género como dispositivo de poder es un elemento indispensable para las desnaturalizaciones que recupera las genealogías políticas del término e introduce la diversidad. Mirar como un valor lo diverso, hacerlo posible desde lo simbólico, perder el miedo a lo diferente. Con una mirada foucaultiana, apropiada desde los feminismos, consideramos que a la libertad hay que hacerla posible y es en función de ello, de lo que sabemos que hay que desarmar, aunque no tengamos claro qué es lo que habría que armar, que defendemos el caballo de Troya del género.

## **Bibliografía**

Aparisi, Ángela (2009) “Ideología de género: de la naturaleza a la cultura” en *Persona y Derecho*, 61.

Baptiste, Brigitte (2017) en Gutiérrez, Ana (entrevistadora) “Se nos olvida que la función de la naturaleza es producir diferencia” <http://www.revistaarcadia.com/contenidos-editoriales/feria-del-libro-bogota-2017/articulo/brigitte-baptiste-habla-sobre-diversidad-y-naturaleza-en-la-filbo/63411> 2 de mayo

Ciccía, Lucía (2017) “Las neurociencias respaldan la jerarquía de los sexos” <https://www.pagina12.com.ar/59356-las-neurociencias-respaldan-la-jerarquia-de-los-sexos> 28 de agosto

Edelman, Lee (2014) [2004] *No al futuro. La teoría queer y la pulsión de muerte*. Madrid: egales.

Keller, Evelyn Fox (1991) *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia: Alfons El Magnanim.

Merlin, Nora (2017) “Las neurociencias van en contra del pensamiento crítico” <https://www.lacapital.com.ar/educacion/las-neurociencias-van-contra-del-pensamiento-critico-n1386456.html> 29 de abril

Preciado, Paul B. (2013) “¿Quién defiende al niño queer?” <http://www.herramienta.com.ar/cuerpos-y-sexualidades/quien-defiende-al-nino-queer> publicado originalmente en *Libération*, 18 de enero.